

JOSEP MARIA SUBIRACHS

El color del membrillo

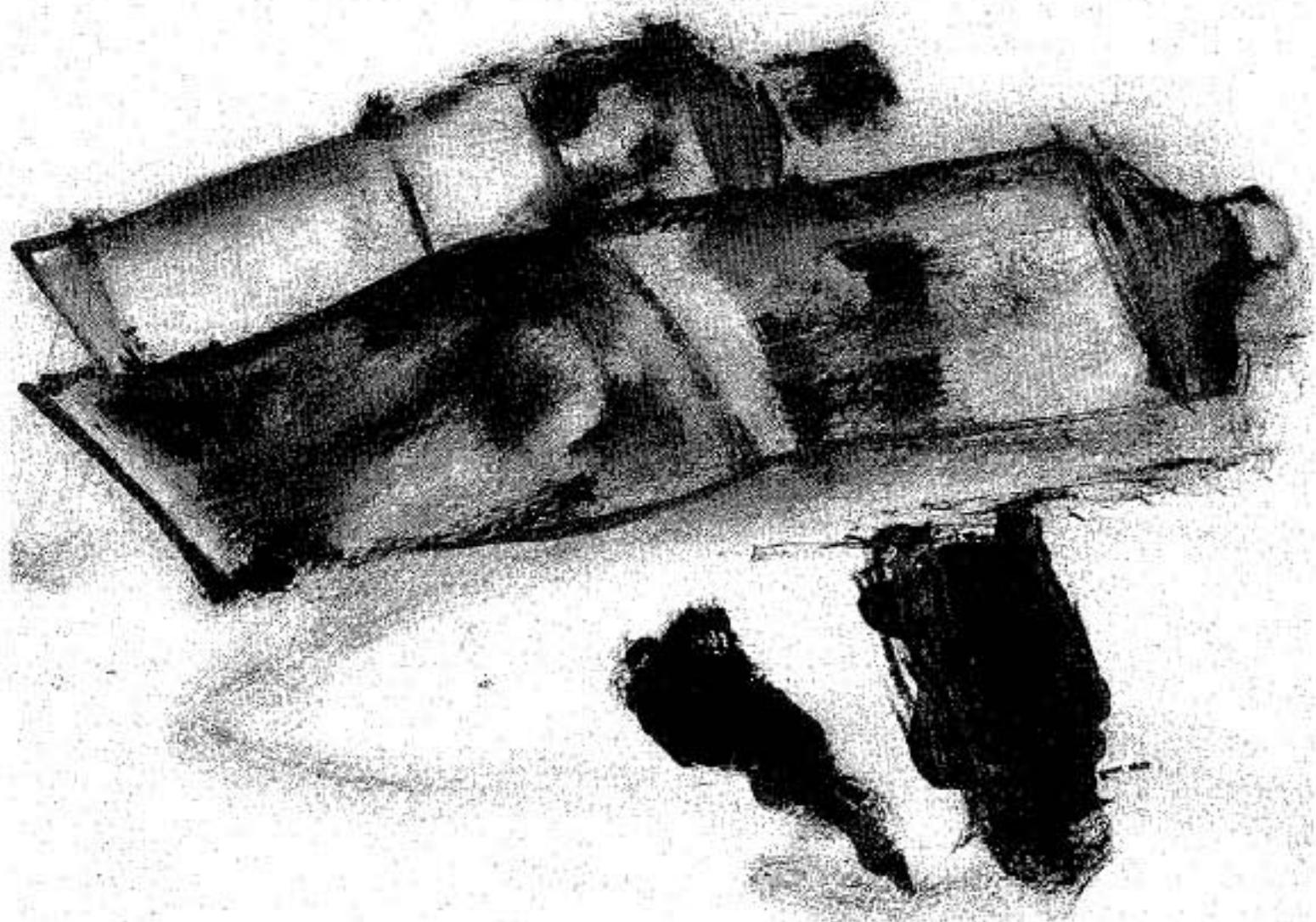
Al salir de la cuarta planta del Centro Reina Sofía en el ascensor transparente, el paisaje de Madrid se me apareció como un cuadro de Antonio López. Tal como ocurre después de tener contacto con una obra importante, ya sea una película, una novela o un cuadro, parafraseando la frase de Oscar Wilde, la realidad se transforma e imita el arte. Fue entonces cuando me pregunté por qué las pinturas de Antonio López García me habían producido esta impresión tan infrecuente en la plástica moderna.

Lo primero que pensé fue que, como pasa con las obras maestras ("Las meninas", "El Quijote" o la Pedrera), los trabajos de Antonio López desencadenan el éxito multitudinario, coincidiendo con el parecer de los entendidos.

Vi claramente que estas pinturas poseen una de las cualidades fundamentales que toda obra de arte debe tener: la correlación entre idea y materia. Pocas veces encontramos, al "mirar" el arte del siglo XX, esta simbiosis entre el contenido y el continente. Esta afortunada conjunción da como resultado la densidad en la materia pictórica que produce la impresión (y en arte las impresiones son verdades) de que, más allá de la superficie trabajada parece que hay algo más que el puro soporte y que la obra tiene una anatomía interna que le da una palpación como si fuera un ser vivo contrastando con la superficialidad a que nos tiene acostumbrados el arte moderno.

Otra cosa que descubrimos en esta muestra expuesta en el museo madrileño es la "poesía" que emana de sus esculturas, pinturas y dibujos porque, en contra de los que critican su realismo extremo y lo tachan de fotográfico, la obra de Antonio López es, no podía ser de otra manera, una metáfora de la realidad. Esta poesía nos comunica el tema constante de su obra: una melancolía producida por el paso del tiempo sobre los seres y las cosas. Esta melancolía profunda, resignada, que encontramos en unos "Membrillos", en un "Perro muerto", en una "Taza de water" o en "María de pie". Es curioso que esta temática esté tan presente en un artista al que el tiempo no parece atosigarle, ya que frecuentemente trabaja en sus obras durante varios años.

Es de agradecer, en una época donde se des-



ASTROMUJOFF

**ESTAS PINTURAS POSEEN
una de las cualidades
fundamentales que toda obra
de arte debe tener: la
correlación entre idea y materia**

precia el oficio hasta extremos inauditos, en la que la pintura se desprende de las telas y el dibujo es de una puerilidad insultante, encontrarnos con un artista exigente, poseedor de una técnica rigurosa, pero que nada tiene que ver con el virtuosismo de ciertos hiperrealistas que nos abruma con un perfeccionismo efectista que intentan disimular con arbitrarios efectos surrealistas. En el pintor castellano el bien hacer es simplemente como la gramática para el buen escritor: algo natural que está allí solamente para hacer más clara, más diáfana la idea.

Precisamente hallamos también en la obra de Antonio López, sobre todo en la de los años 60, toques surrealistas, pero es más adelante cuando el clima surrealista queda totalmente fusionado con su personal realismo, logrando efectos oníricos simplemente exponiendo delante de nuestros ojos, el misterio de una puerta abierta, la soledad de la urbe o la intimidad de una nevera.

Así pues, tras tanta producción vacía de contenido y tanta estafa enfáticamente sostenida hasta la cursilería, hemos encontrado un artista que, fiel a su entorno (su obra es profundamente castellana), nos desquita de toda esta vacuidad.

Al salir del Centro Reina Sofía pasé por delante del monumento a Eugeni d'Ors situado frente al Museo del Prado y recordé aquella contundente frase suya: "En escultura no hay término medio, o es un dios o es un 'bibelot'".

Antonio López García, nacido hace 57 años en Tomelloso, es un contemporáneo nuestro al que hemos visto en una prueba difícil y definitiva, en una exhaustiva muestra antológica, en la que nos ha mostrado lo que es tan costoso de encontrar: un ejemplo de auténtica creatividad. ●